

ACIM Edmonton - Reflexiones de Sarah



LECCIÓN 255

Elijo pasar este día en perfecta paz.

Comentario de Sarah:

Este es un día que nos comprometemos a pasar en perfecta paz. ¿Cómo podemos elegir la paz en medio de lo que parece ser una perturbación en nuestro día, que puede poner la mente en confusión? Precisamente en momentos como éste, me recuerdo a mí misma que todo lo que parece ocurrirme lo he elegido en algún nivel. Es lo que yo quiero. Me recuerdo: “**Gobierno mi mente, la cual sólo yo debo gobernar.**” (L.236) Me recuerdo a mí misma que todo lo que parece ocurrir es lo que yo he pedido. No soy una víctima del mundo que veo. Todo puede ser visto como útil para mi aprendizaje cuando se le entrega al Espíritu Santo para Su interpretación. Si alguien parece estar atacándome hoy, puede ser una oportunidad perfecta para que mire mi propia ira y reconozca cómo está interfiriendo con la paz que Dios me asegura que es mía porque soy como Él.

Leemos en el capítulo 21, “**Somos responsables de lo que vemos**”, de los sentimientos que experimentamos, de la meta que queremos alcanzar: “**Y todo lo que parece sucederme yo mismo lo he pedido, y se me concede tal como lo pedí.**” (T.21.II.2.5) (ACIM OE T.21.III.15) En otras palabras, nuestra mente es la causa y el mundo y todo lo que experimentamos es el efecto, no al revés. La salvación está disponible para nosotros a través de nuestra decisión de elegir cómo vamos a ver los eventos que se presentan en nuestras vidas. Es una cuestión de si vamos a recurrir al ego para su interpretación o a buscar la ayuda del Espíritu Santo. Todo lo que sucede es una elección en algún nivel. El guión de nuestras vidas fue determinado por la mente antes de que apareciéramos aquí. Se nos recuerda que no hay accidentes y que nada ocurre por casualidad.

Hace algún tiempo tuvimos un bonito encuentro que ilustra cómo todo está tan bellamente orquestado por el Espíritu Santo. Mientras caminábamos por la calle en Vancouver, nos encontramos con un amigo de Indiana. No sabíamos que estaba de visita aquí. Doblamos una esquina y allí estaba él. Estábamos destinados a encontrarnos y a disfrutar de una increíble conexión con este encantador ser. Estábamos de visita desde Edmonton y él venía desde Indiana y, sin embargo, en una esquina de Vancouver, ¡nos cruzamos! Y lo más asombroso es que antes de verlo ya habíamos hablado de él. Nuestras mentes están unidas. ¡Nuestros pensamientos no son privados!

Cuando decidimos utilizar cada situación como otra oportunidad para liberar resentimientos y elegir la curación, experimentamos más paz. Cuando aceptamos plenamente que queremos la paz por encima de todo, utilizamos todo lo que se nos presenta en el mundo como una oportunidad para sanar. Ahora elegimos liberarnos de la forma en que solemos pensar sobre lo que ocurre "ahí fuera" y pedimos ayuda para verlo de otra manera. Es en momentos como éste cuando nos sentimos muy motivados para ponernos en contacto con la paz interior y pedir ayuda para ver a todo el mundo a través de los ojos de Cristo.

El hecho de creer que lo que veo en el mundo es cierto no lo hace real. Lo que es cierto y real es que todos somos inocentes, independientemente de lo que creamos en contrario. Lo que es cierto y de lo que podemos depender es que el Espíritu Santo nos muestra la puerta de salida de cada situación. Todo lo que experimentamos en el mundo es una oportunidad para cambiar nuestra percepción a través del perdón y experimentar el milagro. Lo que es cierto y real es que la paz no viene de situaciones externas sino que ya está en nuestra mente. Si no estoy experimentando la paz, estoy eligiendo activamente en contra de ella.

Hace poco vi una película llamada "Las palabras" (The Words). La película ilustraba la idea de que todas nuestras decisiones tienen consecuencias. El personaje de la película actuaba sin integridad, robando un manuscrito escrito por otra persona y fingiendo que era suyo. El manuscrito que había robado se convirtió en un best seller. Cuando se enfrentó al verdadero autor, la culpa y el remordimiento que sintió fueron abrumadores. Quería arreglar el problema y corregir la situación, pero era imposible porque las implicaciones para los editores eran demasiado graves. Tenía que vivir con lo que había hecho. En lugar de reconocer su inocencia, que es algo innato en nosotros, eligió vivir con la culpa y, como resultado, se convirtió en un hombre amargado y enfadado. Se crucificó a sí mismo. Sin embargo, la redención siempre estuvo disponible para él, como lo está para todos nosotros. Nunca somos responsables del error, pero sí de elegir la corrección. El ego aprueba que nos crucifiquemos por lo que hemos hecho. Considera que es algo sagrado. Nos dice que debemos expiar nuestros "pecados" y que esto llevará tiempo. Esto no es cierto porque podemos elegir la paz ahora. No hay necesidad de expiar. Aceptar la Expiación para nosotros mismos, como se describe en el Curso, es aceptar nuestra inocencia ahora. La inocencia simplemente está esperando nuestra aceptación. La bloqueamos cuando creemos que nuestra culpa es demasiado grande para aceptar la paz dentro de nosotros ahora.

Soy el Hijo de Dios, con todos los atributos de Dios. La paz es un atributo de Dios, y mi Identidad descansa en Él. Sólo mis pensamientos y creencias sobre mi realidad, como algo separado de Dios, bloquean la paz de mi conciencia. Cuando dejo ir los resentimientos, las expectativas, los planes, la culpa, los miedos y mi creencia de que algo debería ser diferente de lo que es, voy al lugar en mi mente donde la paz nunca se ha ido porque ya está ahí. No es algo que tenga que tratar de encontrar. Sólo debo estar dispuesto a sacar a la luz todo lo que se interpone en el camino del lugar tranquilo de mi interior.

Cuando las cosas parecen ir mal, el ego busca rápidamente quién es el culpable y quiere culpar a los demás. Sí, parece que alguien ha hecho algo mal porque hay muchos errores cometidos por nuestros hermanos diariamente. No es lo que hacen los demás, sino nuestra interpretación de sus comportamientos lo que perturba nuestra paz. Tenemos la tentación de escuchar la interpretación sentenciosa del ego sobre la situación, en lugar de verla como una llamada al amor. Parece que somos la víctima de la situación. **“No te engañes por más tiempo pensando que eres impotente ante lo que se te hace.”** (T.21.II.2.6) (ACIM OE T.21. III.16) **“Si le prestas oídos a los dictados del ego y ves lo que él te indica ver, no podrás sino considerarte a ti mismo insignificante, vulnerable y temeroso. Experimentarás depresión, una sensación de no valer nada, así como sentimientos de inestabilidad e irrealidad. Creerás que eres la desvalida víctima de fuerzas que están más allá de tu control y que son mucho más poderosas que tú. Y creerás que el mundo que fabricaste rige tu destino.”** (T.21. V.2.3-6) (ACIM OE T.21.VI.50)

¿Qué hace que el perdón nos parezca difícil? En primer lugar, es la falta de voluntad de asumir la responsabilidad de nuestra ira, nuestros disgustos, nuestras frustraciones y nuestra falta de paz. Estamos ansiosos por justificar esos sentimientos. Nos inventamos historias para apoyar lo que sentimos y a quién hay que culpar.

Buscamos aliados que apoyen nuestra posición. En segundo lugar, mantenemos la creencia de que podemos manejar nuestros sentimientos de angustia arreglando las cosas que no nos gustan, es decir, solucionando el problema en la forma "ahí fuera". Intentamos arreglar los problemas en el mundo donde nunca se pueden arreglar. Abandonados a nuestra suerte, siempre nos faltará certeza sobre lo que debemos hacer. Tememos que si no lo hacemos nosotros mismos, se maneje de una manera que no nos guste, en la que no tengamos el control que anhelamos. El ego se basa en el control. Sin embargo, el milagro que surge al entregar estos pensamientos y miedos al Espíritu Santo bendice a todos. Aunque he experimentado esto una y otra vez, todavía me encuentro escuchando al ego la mayor parte del tiempo aunque sé que no sabe nada. Cada vez que llego a esta coyuntura, me pregunto: ¿puedo realmente poner toda mi fe y confianza en Dios una vez más para que me guíe?

Hay una liberación tan dulce en volverse a Él y dejar ir mi camino. Es sólo cuestión de una decisión. La decisión está en mi poder y es sólo mía. Puedo mirar mi falta de paz en cualquier situación y pedir ayuda una y otra vez hasta que acudir al Espíritu Santo en todo se convierta en una respuesta habitual. Quiero dar este paso con fe: la fe de aceptar lo que ya es mío para **"poder ver paz en lugar de esto"**. (L.34)

Hemos depositado erróneamente nuestra fe en la ilusión, haciéndola real en nuestra mente. Nos hemos hecho pequeñas e indefensas víctimas del mundo, olvidando el poder que tenemos. En verdad, nada en el mundo puede interponerse en el camino de nuestra fe. El poder de nuestra fe lo es todo. Jesús nos pregunta: **"¿Por qué te resulta tan extraño que la fe pueda mover montañas?"** (T.21.III.3) (ACIM OE T.21.IV.31) Nuestra fe mal dirigida ha hecho algo aún más impresionante que ser capaz de mover montañas. Ha encadenado al omnipotente Hijo de Dios. Eso es lo que hemos hecho para limitar el poder ilimitado del Hijo de Dios. Hemos colocado cadenas autoimpuestas en nuestra propia omnipotencia, pero ahora podemos hacer otra elección.

Ayer se nos recordó una vez más la crisis del 11 de septiembre y muchas otras situaciones en el mundo en las que se producen guerras, tormentas y terremotos que derriban pueblos y ciudades como pequeñas cajas de cerillas, y el hambre. Es un recordatorio de la vulnerabilidad de nuestra condición humana, que efectivamente sería vulnerable si nuestra realidad fuera un cuerpo y si las poderosas fuerzas de la naturaleza y la violencia fueran reales. Nuestros miedos provienen de la creencia de que somos criaturas vulnerables, que habitamos un mundo hostil con otras criaturas vulnerables, que tratamos de sobrevivir contra grandes obstáculos y finalmente lo entregamos todo a la muerte. Jesús reconoce nuestra perspectiva cuando dice: **"No me parece que pueda elegir experimentar únicamente paz hoy."** (L.255.1.1) Sabe que siempre vemos el mundo y las relaciones que nos afectan. Es evidente que los acontecimientos de este mundo, así como los de nuestra vida, parecen dificultarnos la paz.

Sin embargo, Jesús dice que nada puede quitarnos la paz que nuestro Padre ya nos ha dado en nuestra creación: ni los terremotos, ni las tormentas, ni los ataques, ni las agresiones de ningún tipo. Nuestra realidad no es la de los cuerpos, y el mundo no es más que una ilusión, que no durará. Nuestros pensamientos de carencia, nuestros sentimientos de indignidad, nuestra culpa y nuestro miedo, la apariencia del mundo que nos ataca, incluso nuestros propios cuerpos: todo son ilusiones, espejismos

y símbolos que no representan nada. La creencia en el pecado es el origen de este estado de separación. Es nuestra creencia de que estamos solos en este mundo, luchando por nuestra supervivencia con trozos de felicidad aquí y allá antes de que la muerte nos reclame.

Decimos que queremos la paz, pero queremos tener razón en la forma en que nos vemos a nosotros mismos y al mundo. Decimos que queremos la paz, pero justificamos las razones para aferrarnos a los resentimientos. Nos obstinamos en escuchar nuestros propios consejos. Aunque los pensamientos que nos ofrece Jesús son nuevos y, sí, incluso amenazantes para la forma en que vemos las cosas ahora, la elección que hagamos de ponerlos en práctica es nuestra forma de salir de esta ilusión y nuestro camino de vuelta a nuestra realidad como el Ser eterno y santo. Es un proceso paso a paso y en última instancia es práctico. No somos lanzados al Cielo. Vamos a nuestro propio ritmo, tan rápido o lento como nuestro miedo nos lo permita.

En las Lecciones del Espíritu Santo, Jesús enseña: **“Para tener paz, enseña paz para así aprender lo que es.”** (T.6.V.B) (ACIM OE T.6.V.b) Hoy es un día para aprender la paz compartiéndola con otros a través del perdón. Si elegimos no liberar a nuestros hermanos de nuestras proyecciones, no nos estamos liberando a nosotros mismos para experimentar la paz en nuestro interior. ¡Elijamos hoy la cordura en cada momento!

Amor y bendiciones, Sarah

huemmert@shaw.ca